

LA MENTALIDAD TRADICIONAL COMO OBSTÁCULO A LA DEMOCRATIZACIÓN EN EL CASO BOLIVIANO. FACTORES HISTÓRICOS Y CULTURALES EN LOS PROCESOS DE MODERNIZACIÓN

Por H. C. F. MANSILLA

SUMARIO

PRELIMINARES.—LA PERSISTENCIA DE VALORES TRADICIONALES EN LA CULTURA POLÍTICA.—RAZONES HISTÓRICAS DE UNA MENTALIDAD CONVENCIONAL-CONSERVADORA.—ASPECTOS DEL LEGADO CULTURAL INDÍGENA.—LAS PRIMERAS CRÍTICAS DE LOS INTELLECTUALES BOLIVIANOS A LA PROBLEMÁTICA CULTURA POLÍTICA TRADICIONAL.—LOS BALUARTE DE LA BOLIVIA PROFUNDA.—ENTRE DOS CULTURAS.—CONCLUSIONES PROVISIONALES.

PRELIMINARES

En numerosas naciones de América Latina se advierte un dilatado malestar en el ámbito socio-político, que se manifiesta, por ejemplo, por medio de un marcado desencanto con los resultados cotidianos de los procesos de modernización y un escepticismo creciente con respecto a los modelos democrático-liberales. En muchos países se han realizado reformas constitucionales, legales e institucionales de gran envergadura (1), que no han impedido y ni siquiera mitigado antiguas usanzas burocráticas, prácticas corruptas abe-

(1) Cf. HELEN AHRENS / DETLEF NOLTE (comps.), *Rechtsreformen und Demokratieentwicklung in Lateinamerika* (Reformas jurídicas y desarrollo de la democracia en América Latina), Vervuert, Frankfurt, 1999; NIKOLAUS WERZ, *Acerca de las dificultades de emprender reformas políticas en América Latina*, en FELIPE MACGREGOR/NIKOLAUS WERZ (comps.), *Democracia: derechos humanos y orden político*. Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1993, págs. 163-188.

rantes (2) y políticas públicas erráticas. Éste es claramente el caso boliviano, donde, además, la reorganización del Poder Judicial —la creación de nuevos órganos, códigos y procedimientos— no ha podido alterar las rutinas de venalidad, lentitud e ineficacia que caracterizan los estrados judicial desde la era colonial española. La modernización de la Administración estatal y de las fuerzas de orden público (especialmente de la policía) no ha podido evitar la persistencia de engorrosos trámites y de hábitos irracionales, por un lado, y el aumento espectacular de la inseguridad ciudadana en los últimos años, por otro. La última dictadura militar fue superada en 1982, pero la realidad boliviana está muy alejada del paradigma y, sobre todo, de un funcionamiento cotidiano aceptable de la democracia representativa, liberal y pluralista, y se acerca más bien a la llamada «democracia defectiva» (3). Lo más preocupante de esta evolución reside en el hecho de que no son mayoritariamente factores externos (la crisis económica, las influencias del mercado mundial) los responsables por este desarrollo, sino probablemente valores de orientación y pautas normativas de comportamiento de vieja data que se mantienen paralelamente a los procesos de modernización. Los análisis más destacados de la actualidad, que privilegian los fenómenos concomitantes de la globalización, tienen obviamente su razón de ser, pero no están en condiciones de esclarecer la tradicional cultura política boliviana y su tendencia a preservarse en cuanto tal pese a los cambios económico-técnicos. Urge, por lo tanto, retornar a la exégesis de mentalidades desplegadas en un largo tiempo histórico.

Frente a opiniones fundamentalmente optimistas en torno al «promisorio contexto general» (4) del proceso de democratización en América Latina,

(2) Sobre la temática de la corrupción y sus implicaciones para la democracia cf. SUSAN ROSE-AKERMAN, *Corruption and Government. Causes, Consequences and Reform*, Cambridge U.P., Cambridge, 1999; REVUE TIERS MONDE (París), vol. XLI, núm. 161, enero/marzo de 2000 (número monográfico compilado por JEAN CARTIER-BRESSON y dedicado al tema: *Corruption, libéralisation, démocratisation*). Cf. también JEAN-FRANÇOIS BAYART, *L'état en Afrique: la politique du ventre*, Fayard, París, 1989, que muestra notables paralelismos entre la situación africana y la latinoamericana.

(3) El concepto proviene de WOLFGANG MERKEL, *Defekte Demokratien* (Democracias defectivas), en W. MERKEL/ANDREAS BUSCH (comps.), *Demokratie in Ost und West. Für Klaus von Beyme* (Democracia en Oriente y Occidente. Para Klaus von Beyme), Suhrkamp, Frankfurt, 1999, págs. 361-381.

(4) ABRAHAM F. LOWENTHAL, *Latin America at the Century's Turn*, en JOURNAL OF DEMOCRACY, Washington, vol. 11, núm. 2, abril de 2000, págs. 41-55. El autor admite algunos retrocesos, pero supone que los grandes y complejos contextos supranacionales permiten una opinión optimista. Para una opinión divergente cf. MANUEL A. GARRETÓN, *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*, CESOC/LOM, Santiago de Chile, 1994.

hay que señalar que en Bolivia los cimientos de la cultura política siguen siendo básicamente las antiguas normativas autoritarias, que se manifiestan, por ejemplo, mediante una tolerancia bastante amplia frente a una administración ineficiente y altamente corrupta y por medio de una indiferencia muy marcada ante la destrucción del medio ambiente y ante una modernización imitativa y deshumanizante, es decir frente a aspectos que restringen la calidad de la vida a largo plazo. Contra este parecer se puede argumentar que ha surgido una fuerte oposición precisamente a causa de la desilusión colectiva con las políticas públicas y los resultados de las pobres gestiones gubernamentales desde la terminación de la dictadura, pero hay fuertes indicios de que pese a su retórica revolucionaria y a su crítica de la extendida corrupción, los grupos contrarios al «sistema» boliviano actual buscan en el fondo un reacomodo dentro del mismo, resguardando las manifestaciones más deplorables de la mentalidad convencional.

A causa de estos factores parece aconsejable un análisis histórico-cultural de las pautas recurrentes de orientación y comportamiento, que tienen una validez implícita, pero por ello posiblemente más profunda y perseverante que la de las normativas explícitas. Como se verá a lo largo de este ensayo, extensos sectores de la población boliviana protestan contra el mal gobierno y sus efectos, pero *simultáneamente* se adhieren a valores normativos y a rutinas muy difundidas que hacen imposible (o, por lo menos, improbable en el corto plazo) una modificación realmente seria de las prácticas público-políticas irracionales y más bien contribuyen a la preservación de la mentalidad colectiva tradicional. Estas convenciones histórico-culturales poseen una cierta relevancia socio-política no sólo en Bolivia, sino también en la región andina y en América Central.

LA PERSISTENCIA DE VALORES TRADICIONALES EN LA CULTURA POLÍTICA

Todos los pueblos han mantenido rutinas y convenciones durante largo tiempo sin ponerlas en cuestionamiento y sin someterlas a una crítica racional. Ahí reside su fuerza: tienen vigencia a partir de ellas mismas, no requieren de alegatos justificativos ni de propaganda de clase alguna. Son normas de orientación obvias, sobreentendidas, respetadas por una buena parte de la población, consideradas como algo entrañable e inconfundible. Llegan a ser apreciadas como distintivos de lo auténticamente propio, es decir en cuanto signos de la identidad colectiva. En el ejercicio de resguardar rutinas y convenciones a pesar del proceso de modernización los bolivianos han alcanzado un considerable virtuosismo: ya en 1919 uno de sus intelectuales más lúcidos los calificó como «un pueblo esta-

cionario» (5). Esto no vale sólo para la clase política, que reproduce período tras período los mismos ciclos de ineficiencia y corrupción; también dilatados sectores de campesinos, artesanos y trabajadores del sector informal repiten año tras año e intento tras intento los mismos errores y las mismas prácticas contraproducentes. Aquí se advierte la falta de una acumulación de conocimientos que pueda ser utilizada para reducir los esfuerzos y costes propios y para elevar la productividad general del trabajo social, que en Bolivia es excepcionalmente baja. Y esto no es casual.

A largo plazo la preservación de rutinas y convenciones devenidas obsoletas y hasta irracionales constituye, por un lado, un obstáculo notable para todo proceso de desarrollo y modernización, y contribuye, por otro, a alargar la vida de hábitos sociales retardatarios y engorrosos. Un ejemplo de ello es el carácter santurrón, mojigato y superficial de las prácticas religiosas de todas las clases sociales bolivianas, prácticas que, en el fondo, se reducen a rituales reiterativos vacíos, muy cercanos a las supersticiones y muy alejados de un genuino examen de conciencia con implicaciones éticas. Ciertas usanzas frecuentes en la administración pública (como la corrupción endémica, el centralismo, el patrimonialismo y el exceso de trámites), en el Poder Judicial y en la vida interna de los partidos políticos no han sido jamás aprobadas por ningún órgano representativo de la sociedad y nunca han sido codificadas como normas oficiales, pero en la cruda realidad poseen la calidad de pautas indubitables de comportamiento colectivo, lo que quiere decir que no hubo necesidad de definir y aceptar estas rutinas de modo expreso, patente y notorio porque siempre han disfrutado de una validez prerreflexiva muy amplia y sólida. Desde la era colonial esta constelación ha variado relativamente poco. El ejemplo más claro y más pernicioso de ello ha sido la cultura política del autoritarismo, cuya aceptación tácita por las fuerzas conservadoras y, paradójicamente, por los partidos izquierdistas, el movimiento sindical, los maestros de escuela y los intelectuales progresistas representa una muestra evidente de rutinas y convenciones de enorme fuerza orientadora en la praxis. Ésta es la Bolivia profunda, que rebasa los diferentes estratos sociales, los ámbitos regionales y los diversos niveles educativos.

RAZONES HISTÓRICAS DE UNA MENTALIDAD CONVENCIONAL-CONSERVADORA

Los factores recurrentes de la mentalidad colectiva y de la cultura política del autoritarismo son históricos, es decir, pasajeros, cuando no efímeros vistos desde una perspectiva de muy largo aliento. No conforman esencias

(5) CARLOS ROMERO, *Las taras de nuestra democracia*, Arnó, La Paz, 1919, pág. 158.

inamovibles, perennes e inmutables de pueblos y sociedades, aunque puedan durar varias generaciones y hasta siglos. También la Bolivia profunda es de índole transitoria. Pero estos factores de la mentalidad colectiva pueden mantenerse activos durante períodos muy largos, y entonces determinan en alguna medida, difícil de precisar, lo que se llama la identidad colectiva; por otra parte ellos impiden una convivencia razonable de los bolivianos y su ingreso pleno a la tan anhelada modernización. Hay que insistir en el carácter histórico de los fenómenos aquí tratados y en la naturaleza hipotética de las aseveraciones vertidas en este ensayo, pues todo estudio de identidades nacionales y temas afines puede caer en un determinismo culturalista, el cual presupone que toda evolución estaría motivada y delimitada por los factores propios de los períodos precedentes y que los actores sociales carecerían de la facultad de desarrollar estrategias propias y fijar preferencias basadas en la elección consciente.

En el caso boliviano la mentalidad colectiva se arrastra desde la época colonial. Ha sufrido obviamente muchas alteraciones; la más importante ha sido la inducida por el proceso de modernización en la segunda mitad del siglo xx, por más modesto e insatisfactorio que éste haya resultado. Hay que señalar que la esfera cultural es mucho más reacia al cambio que el campo de lo técnico-económico (6). Por ello en el terreno de lo político —sobre todo en las prácticas cotidianas y algo menos en el área institucional— es donde esa mentalidad sobresale más agudamente, y donde sus efectos son más perniciosos. La cultura política del autoritarismo, el paternalismo y el centralismo representa hasta hoy uno de los pilares más sólidos e inalterables del espíritu colectivo de la nación boliviana.

En este contexto se puede proponer una explicación de carácter estrictamente hipotético, cuya validez se circunscribe al territorio boliviano. En el Altiplano y en parte de los valles mesotérmicos se ha preservado una mentalidad conservadora-convencional a causa de una compleja concatenación de circunstancias histórico-sociales. Desde la segunda mitad del siglo xvii se puede consignar en el territorio de la entonces Audiencia de Charcas una grave y persistente crisis económica debida a la contracción de la producción de la plata. Considerables desastres naturales (entre 1626 y 1642) y el agotamiento parcial de los yacimientos argentíferos de Potosí condujeron ya a partir de 1650 a una notable declinación de la población y a una reducción de casi todas las actividades productivas (7). Esta crisis permanente desde la

(6) Sobre esta temática cf. la obra entre tanto clásica de ERNEST GELLNER, *Conditions of Liberty-Civil Society and Its Rivals*. Hamish Hamilton, Londres, 1994, *passim*.

(7) HERBERT S. KLEIN, *Prelude to the Revolution*, en JAMES M. MALLOY/RICHARD S. THORN (comps.), *Beyond the Revolution. Bolivia since 1952*. Pittsburgh U.P., Pittsburgh, 1971.

segunda mitad del siglo XVII tuvo consecuencias socio-culturales de gran trascendencia, algunas de las cuales subsisten paradójicamente hasta hoy, aunque sometidas a diversas metamorfosis.

Potosí y la Audiencia de Charcas experimentaron un florecimiento sumamente rápido e intenso durante los primeros tiempos de la colonia española, que marcó profundamente la mentalidad de la sociedad altoperuana y sentó las bases para una serie de mitos colectivos que tuvieron una vida muy larga, entre ellos la leyenda del riquísimo potencial de la región en recursos naturales. Este florecimiento coincidió con la época de la decadencia española y, ante todo, con la expansión de la tradición cultural del autoritarismo. Potosí y la Audiencia de Charcas conocieron el marasmo estatal y administrativo, el espíritu casi terrorista de la Inquisición, la superstición como norma consuetudinaria y el ritualismo extrovertido de la religiosidad popular (8), la carencia de una introspección de conciencia (uno de los rasgos esenciales del protestantismo), el centralismo omnipresente, la gazmoñería social, la mezquindad generalizada, la estrechez intelectual, el provincialismo asfixiante y las prácticas de una dilatada corrupción, todas ellas características españolas bajo el gobierno de los últimos monarcas de la Casa de Austria. «En la ciudad minera», escribió *Carlos Romero*, «asistimos a la vida fastuosa y pendenciera de los aventureros enriquecidos y vemos reproducirse el espíritu de bandería que trajeron de la madre patria conjuntamente con su orgullo desbordante y su ociosidad proverbial» (9).

A la vista de estas circunstancias se puede adelantar la siguiente hipótesis. Lo fatal para la evolución posterior reside en el hecho de que estos factores manifiestamente negativos echaron raíces durante el apogeo económico; la sociedad altoperuana no los percibió, por lo tanto, como algo corrompido, adverso y hasta peligroso para su desarrollo, sino más bien como algo natural, inevitable y obvio, como ocurre con fenómenos perjudiciales, inextricablemente ligados a periodos de aparente grandeza histórica y bienestar social. El mal funcionamiento de la administración pública y de la justicia y un cúmulo de otras circunstancias lamentables no fueron vistos y sentidos como tales por la propia so-

pág. 27; HERBERT S. KLEIN, *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*, Oxford U.P., New York/Oxford, 1982, págs. 64-71, 298. La declinación de la minería altoperuana coincidió con el auge de la mexicana, cuyos costes de producción eran relativamente más bajos.

(8) *Carlos Romero* estimó que el clero de la época virreinal sumió a todos los estratos sociales «en la ignorancia y la superstición, inculcando el ritualismo más grosero, acompañado de la intransigencia y la belicosidad intolerante y de una atmósfera de chismes, intrigas, delaciones y de permanente terror a los factores sobrenaturales (*CARLOS ROMERO, op. cit.* [nota 5], pág. 135). Es altamente probable que éste haya sido el clima social habitual en Bolivia hasta mediados del siglo XX.

(9) *Ibid.*, pág. 127.

ciudad colonial, es decir, como una evolución histórica atrasada e inhumana. Los estratos educados de la Bolivia republicana se percataron de ello sólo muy tardía y parcialmente, y hasta hoy existe una clara reticencia a investigar las consecuencias globales de este fenómeno. Desde fines del siglo XVIII las críticas del coloniaje español se concentran en aspectos tales como el dominio político y la explotación económica, pero la conformación de una cultura y una mentalidad retrógradas (y muy arraigadas) no ha llamado mayormente la atención de los estudiosos, y menos de los llamados progresistas.

La prosperidad inicial de Potosí, tan rápida y brillante (pero tan fugaz), engendró en las clases dirigentes de la Audiencia de Charcas una mentalidad llena de aspiraciones exorbitantes y curiosas vanidades, que en la época republicana se han transformado en pretensiones exageradas de progreso material para el país y de fortuna veloz para las personas; a estos designios no han correspondido ni el entorno geográfico ni los recursos naturales ni, hay que agregar, los hábitos poco tesoneros de sus habitantes. Las fortunas fácilmente hechas contribuyeron a que nadie pensara ni en «la agricultura ni en la transformación del medio físico. Lo único que se había desarrollado en la imperial villa, conjuntamente con el bandolerismo, era el comercio de lujo y las casas de placer y distracción» (10).

El Alto Perú recibió muy tibiamente la influencia de las reformas borbónicas del siglo XVIII. La severidad de la crisis económica y productiva a partir de la segunda mitad del siglo XVII, la poca inmigración, el aislamiento geográfico, los escasos contactos con el mundo exterior y el desinterés de la administración colonial contribuyeron a consolidar unas tradiciones socio-culturales signadas por el autoritarismo y el inmovilismo: el mejor fundamento para establecer rutinas y convenciones muy difíciles de alterar. No hay duda del florecimiento de las artes plásticas durante el siglo XVIII, pero también hay que reconocer que casi todas las áreas del saber, incluida la literatura, la ensayística, la filosofía y la teología, denotaban un penoso estancamiento. La primera imprenta llegó al país después de 1825. Según *Herbert S. Klein* en el siglo XVIII el campo de las letras en el Alto Perú era particularmente «subdesarrollado», si se aplican los niveles y criterios que regían para todo el resto de las colonias iberoamericanas; hasta la región del Cuzco exhibía un desempeño más elevado en este terreno (11). Y este atraso secular, junto con una inclinación a ensalzar el retraimiento sociocultural, han ayudado a conformar el carácter convencional-conservador del país (sobre todo de su mitad occidental) en tiempos posteriores, pues el siglo XIX no fue del todo diferente a lo descrito hasta aquí.

(10) *Ibid.*, pág. 131.

(11) HERBERT S. KLEIN, *Bolivia, op. cit.* (nota 7), págs. 83 y ss.

Es así como el autoritarismo, el burocratismo y el centralismo de la época de la *declinación* española han pasado a ser elementos obvios (es decir: aceptados generalmente) de la identidad social. La picardía y la astucia eran (y son) reputadas como las virtudes máximas del hombre público, pues comportarse de otra manera significaba (y significa) carecer de realismo. La maraña de trámites destinados al público, la lentitud de los procedimientos administrativos, la venalidad y baja calidad del Poder Judicial, la creencia de que la *politiquería practicada* es la única praxis política posible, representan fenómenos que casi no llaman la atención y que parecen constituir elementos pintorescos del carácter nacional. De ellos están repletas las crónicas de la colonia, que se refieren sin cesar a peleas perennes y sangrientas por motivos de tercera importancia, a la arrogancia ilimitada de las clases altas, a la estulticia y las supersticiones de las clases bajas, a la tendencia colectiva de preocuparse de nimiedades, a la corruptibilidad de los jueces y a la mediocridad de lo que ahora llamaríamos el Poder Ejecutivo. En una palabra: estas crónicas coloniales denotan un aire contemporáneo.

Muchos de los elementos político-institucionales heredados y mantenidos desde la colonia española (como el patrimonialismo, el nepotismo y el favoritismo) no coadyuvan a edificar una confianza pública en la igualdad ante la ley ni en la objetividad de cualquier actuación de la administración pública. Desde hace siglos el grueso de la población identifica el puesto estatal con su detentador momentáneo. El caudillo político que puede distribuir cargos estatales es visto, en el fondo, como el propietario del aparato gubernamental. Los poderosos tienen una óptica patrimonialista muy similar: se sirven del Estado para conceder prebendas, consolidar sus intereses y «colocar» adecuadamente a su clientela y parentela. En el patrimonialismo se diluye el límite entre lo público y lo privado: lo estatal es percibido por la clase política como la posibilidad de acrecentar lo privado. El funcionamiento cotidiano del Estado deja de ser algo impersonal y se convierte en un embrollo de «relaciones» que puede ser influido exitosamente por intereses particulares, personas con buenos «contactos» y amigos del gobernante de turno. El Estado de Derecho —que puede muy bien existir en el papel— no se difunde hacia abajo, no penetra en la mentalidad de las capas populares. La población no tiene confianza en las actuaciones estatales. Pese al neoliberalismo el Estado sigue siendo el multiplicador de prebendas y canonjías contemporáneas: la empleomanía es hoy facilitada por la tecnología moderna. Todas estas condiciones contribuyen desde la era virreinal a la consolidación de la «corrupción estructural» (12), como la

(12) MANFRED MOLS, *Mexiko im 20. Jahrhundert. Politisches System. Regierungsprozess und politische Partizipation* (México en el siglo XX. Sistema político, proceso gubernamental y participación política), Paderborn, etc.: Schöningh, 1981, pág. 38.

denominó *Manfred Mols*. Como además prosigue la tradición colonial española que devalúa el trabajo manual y el creador, la gente prefiere un cargo mal pagado en un escritorio público o privado a un trabajo productivo en la agricultura o la manufactura.

A ello se agregó en la colonia la inclinación a sobreregular toda actividad humana por medio de estatutos legales, propensión que en Bolivia sigue vigente al comienzo del siglo XXI. La sobreproducción de leyes y disposiciones y, al mismo tiempo, la desidia y lentitud administrativas ocasionan la imposibilidad de aplicarlas en la praxis, lo que conduce directamente al corolario: obedezco pero no cumplo, como se decía en la era virreinal (13). Ha resultado inevitable que surgieran sistemas extralegales para diluir el centralismo y la sobreregulación, sistemas válidos hasta hoy y que a su vez producen burocratismo: laxitud en la aplicación de las leyes, sobreposición de normas, duplicación premeditada de funciones, impunidad de los funcionarios, desorganización e inflexibilidad de las organizaciones, rutinas innecesarias y superfluas e, inevitablemente, la predisposición a ejecutar trámites al margen de las regulaciones existentes. El ciudadano busca la aprobación de su trámite o la resolución del tribunal fuera de la legalidad en sentido estricto. La praxis anómica es casi siempre el correlato de la sobreproducción de reglas. Esto ha fomentado una mentalidad de astucia, disimulo, ventajas y picardía individuales, pero no una cultura cívica razonable y duradera, basada en el Estado de Derecho, en el respeto al ciudadano y en la pluralidad de opiniones. Es interesante señalar que la predisposición a los trucos y las artimañas —eludir leyes y estatutos de una manera considerada como habitual y casi legítima— procede, por lo menos parcialmente, de la herencia islámica, que ha engendrado una mentalidad poco favorable al Estado de Derecho. Este legado monista, absolutista y antipluralista coadyuva hoy a cimentar identidades devenidas precarias en sociedades amenazadas por la modernidad occidental. Durante los primeros tiempos de la era colonial y con respecto a la Audiencia de Charcas la corriente inmigratoria más importante provino del sur de España, de regiones como Andalucía, Extremadura y Murcia, que habían estado más tiempo que el resto de la península sometidas al dominio árabe-islámico. Estos contingentes poblacionales de origen humilde estuvieron expuestos a los factores autoritarios y colectivistas de la cultura popular árabe-andaluza y no conocieron la mentalidad más liberal y

(13) Cf. el instructivo trabajo de HORST PIETSCHMANN, *Estado colonial y mentalidad colonial: el ejercicio del poder frente a distintos sistemas de valores en el siglo XVIII*, en ANTONIO ANNINO *et al.*, *América Latina: dallo stato coloniale allo stato nazionale*, vol. II, Angeli, Turin, 1985, págs. 434 y ss.; y la magnífica obra de CLAUDIO VÉLIZ, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton U. P., Princeton, 1980.

menos centralista de Cataluña y del norte de España. Era gente que destestaba ocupaciones manuales, pero también todo esfuerzo intelectual. Con el rápido ascenso social el humo se les subió de tal manera a la cabeza, que no pudieron desarrollar ninguna visión coherente en torno a la propia posición y posibilidades, pero sí un *desprecio ilimitado por los sectores indígenas y por los marginales en general*.

Estas antiguas rutinas y convenciones permean en la actualidad la mentalidad boliviana y no son vistas como algo negativo por la mayoría de la población. Los ricos y los poderosos siempre han sabido cómo eludir el peso de la ley y cómo obtener fallos favorables de jueces complacientes; pero lo que esta tradición cultural también ha provocado es que para los estratos medios y bajos la ley represente una realidad extraña, arbitraria y sin fuerza moral. La popular sentencia: «Para los amigos todo, para los enemigos la ley», es un buen ejemplo de esa situación, pues engloba por un lado la discrecionalidad y arbitrariedad de las autoridades cuando existe una voluntad política, y por otro la concepción, tan arraigada en toda la sociedad, de que la ley es básicamente un castigo y una maldición (14). Contra esta opinión puede aducirse que todos los regímenes políticos del mundo denotan una distancia entre teoría y praxis y que esta diferencia puede ser fructífera y hasta indispensable para la reflexión filosófica y para la creación literaria y artística. Pero en el caso de la colonia española y la era republicana en Bolivia se puede aseverar que entre teoría y praxis tiende a formarse un abismo infranqueable; la separación entre los estatutos legales y las normativas de la actuación cotidiana se convierte en una fuente de estancamiento, resignación y desengaños perennes, lo que impide aquel impulso creativo y crítico de carácter colectivo que dimana de una discrepancia eventualmente conciliable entre los ideales y la realidad.

ASPECTOS DEL LEGADO CULTURAL INDÍGENA

Por otra parte este inmovilismo de la cultura virreinal española contribuyó eficazmente a perpetuar algunos rasgos de la tradición indígena en el terreno político-institucional. Frente a una fuerte tendencia actual, impulsada por intelectuales izquierdistas e indianistas, que la considera como un dechado de virtudes democráticas (15), se puede sostener que la herencia indígena

(14) JUAN IGNACIO GARCÍA HAMILTON, *El autoritarismo hispanoamericano y la improductividad*. Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pág. 193; y sobre el legado español cf. la notable obra de CLARENCE HARING, *El imperio español en América*. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1972.

(15) Cf. uno de los testimonios más conocidos de esta tendencia: SILVIA RIVERA CUSICANQUI, *Democracia liberal y democracia de ayllu*, en CARLOS F. TORANZO ROCA

ha sido y es proclive al autoritarismo en general, al consenso compulsivo y al verticalismo en las relaciones cotidianas y, al mismo tiempo, poco favorable al espíritu indagatorio, a las innovaciones fuera del campo técnico y al respeto de las minorías y los disidentes dentro de sus propias comunidades. Las civilizaciones precolombinas no conocieron ningún sistema para diluir el centralismo político, para atenuar gobiernos despóticos o para representar en forma permanente e institucionalizada los intereses de los diversos grupos sociales y de las minorías étnicas. La homogeneidad era y es su principio rector. El autoritarismo ibero-católico se sobrepuso al indígena y logró perpetuarlo. Una buena porción de las convenciones y las rutinas de la era colonial que perviven hasta hoy provienen del legado indígena, cuyos logros en otras áreas están fuera de toda duda (por ejemplo en la agricultura, las artes plásticas y los sistemas de solidaridad práctica), pero es de justicia llamar la atención sobre los peligros inherentes a un modelo demasiado conservador, homogéneo y cerrado de organización sociopolítica.

En este contexto no es de asombrarse que pensadores de tendencias marxistas e indianistas no pierdan una palabra sobre los resabios autoritarios y muchas otras prácticas irracionales en las comunidades campesinas indígenas (16). Es probable que la actual cultura cívica de las comunidades campesinas se halle inmersa en un proceso de democratización, pero es verosímil que éste último haya sido inducido por factores exógenos, como el contacto diario con el mundo moderno. Las culturas originarias conservan a menudo los rasgos autoritarios en la vida cotidiana, familiar e íntima. Practican aun el machismo en diversas variantes, incluida la discriminación de las mujeres en los nuevos órganos de las municipalidades rurales elegidos democráticamente. Estos fenómenos de lo cotidiano no concitan el interés de los científicos sociales de tendencia izquierdista o indigenista, quienes más bien fomentan una autovisión de los aborígenes basada en un panorama idealizado y falso del pasado: las culturas precolombinas habrían sido profundamente democráticas, no habrían conocido relaciones de explotación y subordinación y no habrían tenido una división del trabajo social.

(comp.), *El difícil camino hacia la democracia*, ILDIS, La Paz, 1990, págs. 9-51. Cf. una crítica de las teorías del colonialismo interno: MARCELO VARNoux GARAY, *Identidades culturales y democracia en Bolivia. Apuntes para una reflexión crítica*, en ANÁLISIS POLÍTICO (La Paz), año 1, núm. 1, enero/junio de 1997, págs. 28-35.

(16) GONZALO ROJAS ORTUSTE, *Democracia en Bolivia hoy y mañana: enraizando la democracia con las experiencias de los pueblos indígenas*, CIPCA, La Paz, 1994; ESTEBAN TICONA/GONZALO ROJAS/XAVIER ALBÓ, *Votos y wiphalas. Campesinos y pueblos originarios en democracia*, Milenio/CIPCA, La Paz, 1995; *Por una Bolivia diferente. Apuntes para un proyecto histórico popular*, CIPCA, La Paz, 1991 (obra particularmente enrevesada y confusa).

Lo que sí se puede detectar hoy en las comunidades llamadas originarias es el deterioro de los valores normativos de origen vernacular y su substitución por normativas occidentales. En el presente los indígenas anhelan un orden social modernizado muy similar al que pretenden todos los otros grupos sociales del país: servicios públicos eficientes, sistema escolar gratuito, acceso al mercado en buenas condiciones, mejoramiento de carreteras y comunicaciones y entretenimiento por televisión. Hasta es plausible que los indígenas vayan abandonando paulatinamente los dos pilares de su identidad colectiva: la tierra y el idioma. Para sus descendientes una buena parte de los campesinos desea profesiones liberales ciudadanas y el uso prevaleciente del castellano (y el inglés). Los habitantes originarios no se preocupan mucho por lo que puede llamarse el núcleo identificatorio de la propia cultura, sino que actúan de modo pragmático en dos esferas: en la adopción de los rasgos más sobresalientes del llamado progreso material y en el tratamiento de sus jerarquías ancestrales (17), que van perdiendo precisamente su ascendiente político y moral ante el avance de la civilización moderna. Ahora bien, este proceso de modernización, tan poco original, conlleva riesgos y calamidades porque se trata, en el fondo, de una imitación acrítica del paradigma de Miami, semejante a la que propician blancos y mestizos en el resto de Bolivia.

LAS PRIMERAS CRÍTICAS DE LOS INTELLECTUALES BOLIVIANOS A LA PROBLEMÁTICA
CULTURA POLÍTICA TRADICIONAL

Dilatados sectores de la población boliviana pueden ser caracterizados como conservadores y convencionales porque preservan pautas y normativas anticuadas de comportamiento a pesar de los incipientes procesos de modernización técnico-económica. Estos valores de orientación han configurado una porción de lo que puede llamarse la identidad colectiva de la Bolivia de 1900 y de la actual... si es que se puede aprehender algo tan gelatinoso como una identidad colectiva (18). A comienzos del siglo xx *Alcides Arguedas* (1879-1946) caracterizó la cultura política cotidiana y las pautas concomitantes de actuación parlamentaria y administrativa de modo certero y hasta divertido; describió a la clase política —su insuperable mediocridad,

(17) Cf. el notable estudio de ROLANDO SÁNCHEZ SERRANO, *Comunidades rurales ante el cambio y la modernización. Desarrollo interno y participación comunitaria frente a la evolución actual*. CEBEM, La Paz, 1994.

(18) Cf. las siguientes colecciones de ensayos: BERNHARD GIESEN (comp.), *Nationale und kulturelle Identität* (Identidad nacional y cultural), Suhrkamp, Frankfurt, 1991; CARLOS GALL/LUIS SCHERZ (comps.), *Identidad cultural y modernización*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1992.

su impunidad legal, su falta de ética y talento y su carencia de responsabilidad y previsión— como si estuviera pintando a la actual (19). Y estos atributos de la clase política prosperaron (y prosperan) porque ciertos rasgos de los demás grupos sociales actúan como suelo abonado para su florecimiento: el bajo nivel educativo, el desinterés por los asuntos de Estado, la informalidad en cuanto norma, la inconstancia y la desidia permanentes y la combinación de paternalismo con infantilismo, rasgos todos ellos fomentados hoy en día por los modernos medios masivos de comunicación. El país ha cambiado mucho desde la época de Arguedas, pero algunos aspectos han permanecido relativamente incólumes: el desdén por los esfuerzos científicos y teóricos, la indiferencia hacia los derechos de terceros, la admiración por la fortuna rápida, la envidia por la prosperidad ajena, la productividad laboral sustancialmente baja, la celebración de la negligencia y la indisciplina social.

Como anotó perspicazmente *Marta Irurozqui*, en la obra de Arguedas y de otros autores afines se advierte «una progresiva estigmatización de lo mestizo y su inmediata conversión despectiva en lo cholo» (20), es decir en el aspecto más negativo y peyorativo del ámbito mestizo según la terminología de la región andina. Según Irurozqui «el prejuicio anticholo» configuraba una construcción ideológica de la élite de entonces, que buscaba «coartar, limitar o controlar las posibilidades de participación política popular [...]» (21); era un «discurso negativo», porque la movilidad social y la posible ampliación del derecho electoral obligaban a la clase alta a generar una teoría de gran divulgación sobre las presuntas limitaciones público-políticas de los mestizos (22). De acuerdo a Irurozqui la determinación y concreción de lo cholo alivió la consciencia de las élites «en no hacer lo suficiente por combatir el subdesarrollo del país y distendió las responsabilidades políticas». Y por otro lado mejoraba la posición de aquellos privilegiados ciudadanos-educadores, los constructores de la nación, los que poseían la fuerza moral para «guiar y canalizar la energía de la multitud, justificándose con

(19) ALCIDES ARGUEDAS, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos* [1909 + 1937], en ARGUEDAS, *Obras completas* (compilación de LUIS ALBERTO SÁNCHEZ), t. I, Aguilar, México, 1959, págs. 435 y ss. Sobre ARGUEDAS cf. SALVADOR ROMERO PITTARI, *Las claudinas. Libros y sensibilidades a principios de siglo en Bolivia*, Caraspas, La Paz, 1998, pág. 65; MARIANO BAPTISTA GUMUCIO (comp.), *Alcides Arguedas. Juicios bolivianos sobre el autor de «Pueblo enfermo»*, Amigos del Libro, La Paz, 1979, *passim*.

(20) MARTA IRUROZQUI, *Sobre caudillos, demagogos y otros «males étnicos»*. *La narrativa antichola en la literatura boliviana, 1880-1940*, en JAHRBUCH FÜR GESCHICHTE LATEINAMERIKAS, vol. 35, Colonia/Alemania, 1998, pág. 190.

(21) *Ibid.*, pág. 191.

(22) *Ibid.*, pág. 200.

ello que la ciudadanía se definiese como una cualidad exclusiva de los individuos letrados» (23). «Los discursos pesimistas» de Arguedas y allegados habrían identificado «lo étnico con lo irresoluble» (24). Ésta es la tesis principal de Irurozqui: Arguedas y autores similares habrían propugnado el designio de que el indio no debe convertirse en mestizo. «Mientras el indígena permaneciera como tal, era controlable [...]» (25). En aquel contexto sería válido exaltar el glorioso pasado precolombino o señalar el estado de postración de los indígenas de aquel momento; ambas tesis conformarían estrategias para que el indio no se transforme en un ser levantisco como el cholo y no exija derechos políticos. En última instancia la preocupación de estos pensadores habría sido «qué hacer con el indio y cómo controlar su agresividad y convertirla en trabajo» (26).

Este análisis, a pesar de sus sutilezas, no hace justicia a Arguedas (y otros). La literatura y la ciencia histórica pueden ser utilizadas como un «instrumento de la construcción nacional» (27); esto ha ocurrido en numerosas sociedades a lo largo de los últimos siglos. Pero es dudoso de que sea el caso boliviano. Un esfuerzo teórico puede ser usado en las connotaciones más variadas y para los fines más curiosos. Pero la cuestión realmente importante es otra. Es altamente improbable que la llamada literatura antichola haya «aliviado la consciencia de las élites», puesto que estas capas sociales no se consagran a la lectura ni conceden la más remota relevancia a los productos del intelecto. Arguedas ha sido desdeñado hasta hoy por aquellos que representan el poder, la riqueza y el prestigio. Lo que no pueden admitir los antropólogos progresistas, los intelectuales marxistas, los sociólogos liberales, los políticos izquierdistas y hasta los historiadores mejor formados (incluyendo a Marta Irurozqui) es lo siguiente. Aun cuando Arguedas y otros pensadores de ideas semejantes hayan sido inspirados en un primer impulso por motivos racistas, lo que cuenta es que han sabido detectar y formular los rasgos más importantes de la mentalidad colectiva y han percibido la vinculación de esos elementos irracionales y autoritarios con las herencias culturales de vieja data, concentradas *transitoriamente* en estratos sociales subalternos de la población, herencias que entre historiadores y antropólogos gozan de un enorme prestigio, simplemente porque no pertenecen al mundo

(23) *Ibid.*, pág. 216.

(24) MARTA IRUROZQUI, *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia 1880-1920*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro Bartolomé de Las Casas, Cusco, 1994, pág. 196. Sobre la identidad y diferenciación de indios y mestizos cf. *ibid.*, pág. 142.

(25) *Ibid.*, pág. 173.

(26) *Ibid.*, pág. 198.

(27) MARTA IRUROZQUI, *Sobre caudillos...*, *op. cit.*, nota 20, pág. 195.

occidental-moderno o están ahora contrapuestas a él. Estas rutinas y convenciones atraviesan toda la estructura social y étnica de Bolivia. Es claro que resultan particularmente perniciosas cuando las clases altas hacen uso de ellas en detrimento de la sociedad como conjunto.

Pero de todas maneras: también en las ciencias sociales e históricas hay tabúes, aun después del colapso del socialismo. Así como antes entre marxistas era una blasfemia impronunciable achacar al proletariado algún rasgo negativo, hoy sigue siendo un hecho difícil de aceptar que sean precisamente los pueblos originarios y los estratos sociales explotados a lo largo de siglos —y por esto presuntos depositarios de una ética superior y encargados de hacer avanzar la historia— los que encarnen algunas cualidades poco propicias con respecto a la convivencia de los mortales y a la anhelada modernización del país. Si se afirma que la crítica del fenómeno cholo es sólo un instrumento de la construcción de una nación elitaria, aspectos centrales de la tradición del autoritarismo como el caudillismo, el excesivo centralismo y el burocratismo, además de la cultura de la desconfianza y la inconfiabilidad, la maleabilidad de las masas y la picardía de los políticos se diluyen y desaparecen del horizonte teórico. No es mera casualidad que en Bolivia autores progresistas rehúyan hasta hoy el análisis de la cultura política del autoritarismo y de sus secuelas.

Arguedas no estaba solo al expresar estas ideas. *Manuel Rigoberto Paredes* publicó en 1907 un análisis de las costumbres de los políticos y los partidos muy similar al de Arguedas. El núcleo de su argumentación reza: «Los partidos bolivianos, en último término, se reducen a multitudes más o menos crecidas, acaudilladas por mangoneadores sin principios ni convicciones políticas arraigadas, que lo mismo sostienen una teoría, como la contraria, careciendo de rumbos fijos en su desenvolvimiento» (28). De acuerdo a Paredes, el parlamento como institución estaba destinado a satisfacer la vanidad y la ambición de los diputados y a servir sus apetitos personales —lo que tampoco ha cambiado mucho (29). Sobre los políticos de carne y hueso manifestó opiniones muy actuales: «La política puede convertirse en una profesión lucrativa para los que carecen de escrúpulos de conciencia [...]. Los que en ella padecen persecuciones y miserias son los teóricos, las almas cándidas, los soñadores en grandes ideales, los espíritus íntegros [...]. En la vida pública el hombre probo encuentra menos expedito el camino del triunfo que el bribón [...]» (30). «Los ministros son comúnmente individuos de segundo

(28) MANUEL RIGOBERTO PAREDES, *Política parlamentaria de Bolivia. Estudio de psicología colectiva* [1907], CERID, La Paz, 1992, pág. 41.

(29) *Ibid.*, pág. 68 (siguiendo un argumento de Max Nordau).

(30) *Ibid.*, págs. 71 ss.

orden, nacidos del favoritismo oficial [...]; nulidades distinguidas, que no alcanzan a comprender las cuestiones de importancia [...]; la única habilidad que algunos suelen ostentar es la de ser verbosos, pero de una verbosidad plagada de lugares comunes» (31). Son enunciados de un descarnado pesimismo, pero no por ello alejados de la realidad cotidiana. Según Paredes (y aquí le apoya la experiencia española de la llamada generación del 98) la ineptitud intelectual constituye en política una gran cualidad. De acuerdo a esta visión los políticos y los parlamentarios son a menudo ignorantes en la ciencia y la cultura, pero hábiles en la maniobra, las mañas cotidianas y la intriga. Y hasta hoy en Bolivia esto parece bastar y hasta sobrar para dirigir los asuntos públicos.

A comienzos del siglo xx Alcides Arguedas y otros autores mencionados hicieron un primer aporte para esclarecer las tradiciones culturales no codificadas, pero de raíces profundas y respetadas de manera obvia, que pasan habitualmente desapercibidas por los científicos sociales del propio medio, quienes comparten tácitamente esos valores normativos. La excepción entre los científicos sociales bolivianos del presente es *Jorge Lazarte*, quien ha alcanzado un encomiable nivel de penetración analítica. Sus estudios nos ayudan a entender la concepción prevaleciente de democracia en la población en general y en los sectores campesino y sindical en particular, concepción signada hasta hoy por rasgos arcaicos de corte autoritario (véase *infra*). Pero la mayoría de los estudios relevantes acerca de la cultura política boliviana proviene de algunos investigadores extranjeros como *Marta Irurozqui* (32), *Herbert S. Klein* (33), *Jean-Pierre Lavaud* (34), *James M. Malloy* (35) y *Mitchell A. Seligson* (36).

(31) *Ibid.*, pág. 139. En la misma línea de la llamada «generación de la amargura» cf. ENRIQUE FINOT, *El cholo Portales* [1926], Juventud, La Paz, 1977; DANIEL PÉREZ VELASCO, *La mentalidad chola en Bolivia al través de un siglo de vida democrática*, Editorial López, La Paz, 1928.

(32) Además de las obras ya citadas, cf. MARTA IRUROZQUI, «La ciudadanía clandestina: democracia y educación indígena en Bolivia, 1826-1952», en *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 10, núm. 1, Tel Aviv, enero/junio de 1999, págs. 61-87; MARTA IRUROZQUI, *A hala, piedra y palo. La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952*, Diputación de Sevilla/Serie Nuestra América, Sevilla, 2000.

(33) HERBERT S. KLEIN, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*, Juventud, La Paz, 1987; HERBERT S. KLEIN, *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge U.P., Cambridge, 1969.

(34) JEAN-PIERRE LAVAUD, *El embrollo boliviano. Turbulencias sociales y desplazamientos políticos, 1952-1982*, IFEA/CESU/HISBOL, La Paz, 1998.

(35) JAMES M. MALLOY, *Bolivia: The Uncompleted Revolution*, Pittsburgh U. P., Pittsburgh, 1970.

(36) MITCHELL A. SELIGSON, *La cultura política de la democracia en Bolivia. 2000*, Universidad Católica Boliviana/USAID/Encuestas y Estudios, La Paz, 2001.

Hoy en día la mentalidad conservadora-convencional se ha refugiado de manera preferente en los siguientes ámbitos: la población campesina, el movimiento sindical, los partidos marxistas, socialistas y revolucionarios, los maestros de escuela y los profesores universitarios, el estamento de abogados, jueces y fiscales, las fuerzas de orden público y los intelectuales de tendencias izquierdistas, nacionalistas, indigenistas e indianistas. Contra esta afirmación se puede alegar que precisamente entre ellos se encuentran los segmentos sociales más proclives a la insurrección, más adversos al orden socio-político actual y más indóciles con respecto al gobierno de turno. Empero estos grupos pueden ser reputados como conservadores por los siguientes motivos. Todos los sectores aquí mencionados tienen una cosmovisión paternalista, colectivista e iliberal; su imaginario está sustentado por viejas y muy arraigadas tradiciones que provienen del patriarcalismo indígena precolombino y del autoritarismo ibero-católico. Se trata de grupos que no han sido tocados sino tangencialmente por el soplido crítico-analítico de la modernidad occidental. No son revolucionarios en sentido estricto, sino revoltosos. Prosiguen una convención colonial: el que grita, obstaculiza y perjudica a la población tiene a menudo un éxito notable, sobre todo porque este tipo de protesta engloba una dilatada extorsión de terceros no involucrados, ante lo cual un gobierno débil y preocupado sólo por el corto plazo termina cediendo —para no cumplir sus compromisos. Para que la pequeña insubordinación prospere, tiene necesariamente que ser llevada a cabo allí donde concite el máximo de la atención pública: ante el gobierno supremo, aunque esta instancia no tenga nada que ver con las causales del conflicto. La herencia del paternalismo prescribe que el agraviado no debe quejarse ante su empleador privado o ante las reparticiones provinciales del Estado, sino directamente ante el poder central, el único que parece encarnar autoridad y prestigio ante los ojos de estos segmentos poblacionales conservadores. Así se asegura, además, la publicidad deseada. Sus procedimientos de protesta dejan ver un tinte religioso y arcaico: son procesiones, marchas, ayunos, huelgas de hambre, auto-inmolaciones, crucifixiones y demás actuaciones rituales que tratan de provocar la conmiseración del prójimo. Ya que no existe una acumulación cognoscitiva con intención práctico-pragmática, que les enseñe a evitar sacrificios inútiles, reproducen estas prácticas como si fuese la primera vez, con un despilfarro enorme de costes y esfuerzos.

Lo que suelen conseguir estos sectores no son triunfos revolucionarios en el sentido de modificar substancialmente el estado de cosas, sino ventajas grupales dentro del orden existente. Su propensión al desorden, al tumulto y al barullo, que se despliega furiosamente para terminar poco después en

mera retórica, encubre el hecho de que tienen agravios y resentimientos seculares que se manifiestan por una vía radical y ruidosa, una vía que ciertamente no ha conocido el Estado de Derecho y las prácticas de la democracia contemporánea. Es innegable el profundo descontento de estos grupos poblacionales, justificado en muchos casos, pero no ansian solucionarlo por medio de un socialismo emancipatorio (como lo propugnó *Karl Marx*), sino mediante un retorno al orden tradicional, aderezado superficialmente con ideologías extremistas. Están en contra del individualismo liberal y la responsabilidad personal; la suya es una rebelión colectivista que anhela el Estado-providencia y la autoridad severa pero justa de un caudillo-patriarca. El paternalismo es una de las constantes de la mentalidad boliviana: casi todos protestan contra el Estado, pero acuden a él cuando surge el más mínimo problema. Las políticas neoliberales suscitan una fuerte repulsa entre los sectores populares, pero éstos recurren al actual padre Estado neoliberal con innumerables motivos, que van desde la construcción de escuelas hasta la ayuda en caso de terremotos e inundaciones. Son como los hijos discolos que no pueden romper con el padre autoritario, aunque disputen sin cesar con él.

Hasta muchos empresarios privados (entre ellos algunos de los más grandes), que a partir de 1978 han atacado sin tregua y con toda razón al estatismo, no pueden sobrevivir sin el biberón oficial si tienen dificultades en su campo de acción. Desde los comienzos de la era virreinal las élites no dejaron duda de que su intención no era crear un mundo nuevo (como fue el designio de los colonizadores de la América británica), sino utilizar al máximo el orden existente; en aquel contexto sociocultural (y en el actual) el enriquecimiento personal nunca estuvo reñido con la devoción religiosa y la fidelidad a la corona. Estos grupos no tenían en mente la edificación de un modelo más libre y más sensato de convivencia humana, sino aprovecharse de lo ya existente por medio de las estrategias convencionales del progreso personal: disfrute del botín de guerra, repartimiento de indios, adquisición de tierras por despojo de los vencidos y expoliación de cargos y mercedes estatales. Muchos empresarios del presente, sobre todos los que han crecido a la sombra del poder, tienen una visión semejante del país: éste representa el conjunto de recursos que puede y debe ser esquilmo lo más rápidamente posible. Muy temprano aprendieron a privatizar las ganancias y a socializar las pérdidas, lo cual hasta hoy no funciona sin un estrecho vínculo con el gobierno, aunque éste sea partidario de un neoliberalismo ortodoxo.

Los sectores izquierdistas y radicales pretenden, en el fondo, la restauración de un modelo social premoderno, jerárquico y, sobre todo, simple, en el cual todos reconozcan fácilmente su lugar y su función y tengan asegurada la existencia cotidiana. Desean como meta ulterior un orden social sin con-

flictos y sin discusiones ideológicas, donde el Estado les libere de la pesada responsabilidad de tomar decisiones personales y donde no tengan que exponerse al riesgo de la libertad individual. Para estos grupos lo positivo está encarnado en la homogeneidad social y la unanimidad política, y lo negativo en la diversidad de intereses, la división de poderes, la competencia abierta de todo tipo y el pluralismo ideológico (37).

Por estos motivos a estos sectores no les preocupa el fenómeno del burocratismo (38), el embrollo de los trámites (muchos innecesarios, todos mal diseñados y llenos de pasos superfluos), la mala voluntad de los funcionarios en atender al público o el mal funcionamiento del Poder Judicial. Soportan estos fenómenos más o menos estoicamente, es decir, los consideran como algo natural, como una tormenta que pasará, pero que no puede ser esquivada por designio humano. Es difícil imaginarse funcionarios públicos más ineficientes y más soberbios que los burócratas bolivianos. Como en numerosos países pobres, la arrogancia y la estulticia de los funcionarios se dan la mano. Hasta hoy (a comienzos del siglo XXI) ningún partido izquierdista o pensador socialista, ningún sindicato de obreros o empleados, ninguna asociación de maestros, colegio de abogados o grupo campesino, ninguna corriente indigenista o indianista ha protestado contra ello. Las grandes reformas del aparato estatal y del Poder Judicial y el propósito de reducir el fenómeno burocrático no partieron de estos sectores, sino casi exclusivamente de la empresa privada, de las instituciones de cooperación internacional y de individuos esclarecidos de la alta administración pública. Lo paradójico del caso estriba en que los pobres y humildes de la nación conforman la inmensa mayoría de las víctimas del burocratismo, la corrupción y del mal funcionamiento de todos los poderes del Estado; los partidos de izquierda y los pensadores revolucionarios, que dicen ser los voceros de los intereses populares, jamás se han apiadado de la pérdida de tiempo, dinero y dignidad que significa el más mínimo roce con la burocracia y el aparato judicial para la gente sufrida y modesta del país.

El Poder Judicial representa lo más conservador y convencional de la nación boliviana. Aquí se concentran casi todas las cualidades negativas del autoritarismo y del irracionalismo. Las modestas reformas que intentan implementar los gobiernos bolivianos en los últimos años (Tribunal Constitu-

(37) Cf. el ensayo clásico de GLEN C. DEALY, *The Tradition of Monistic Democracy in Latin America*, en HOWARD J. WIARDA (comp.), *Politics and Social Change in Latin America. The Distinct Tradition*. Massachusetts U. P., Amherst, 1982, págs. 77-80.

(38) Cf. dos libros que han pasado totalmente desapercibidos: MARIANO BAPTISTA GUMUCIO (comp.), *El país tranca. La burocratización de Bolivia*, Amigos del Libro, La Paz, 1976; RENÉ SANGÜESA FIGUEROA, *Virus en la administración pública boliviana*, El Siglo, Potosí, 1983.

cional, Consejo de la Magistratura, nuevos códigos y procedimientos) no partieron del mismo Poder Judicial o de los colegios de abogados. Los jueces ofrecen abierta resistencia a la aplicación de nuevos códigos, al mismo tiempo que persisten en las habituales prácticas de retardación de justicia, prevaricato y corrupción. Por eso parece que la modernización del aparato judicial está condenada al fracaso, al menos temporalmente. Las fuerzas del orden público comparten las deficiencias aquí mencionadas. No tienen una mentalidad moderna de servir al país, sino de servirse de él. Habitualmente han sido «[...] sumisas con los poderosos y valientes con los indefensos, son a veces más peligrosas que los mismos delincuentes» (39).

Durante la era colonial la administración estatal desconocía una vocación de servicio a la comunidad. Ni las normas legales ni las prácticas consuetudinarias preveían algo así como prestaciones de servicios en favor del público, a las cuales la burocracia hubiera estado obligada por ley. El «vuélvase mañana» era entonces algo común y corriente para conseguir un pequeño soborno, pero ocurría (como hoy) también por el descuido y la desidia de la administración colonial. Sus actuaciones eran más bien actos de gracia, que dependían a menudo del buen parecer del funcionario en cuestión. Esto conllevaba el uso abusivo y permanente de poderes discrecionales, lo que significó en la realidad una dilatada corrupción estructural. Los actos de gracia del Estado en favor de los súbditos debían ser respondidos con un profundo agradecimiento de parte de estos últimos, especialmente en forma pecuniaria. La praxis cotidiana de la burocracia boliviana actual está imbuida de los mismos principios. Por ejemplo: si la administración pública y el Poder Judicial cometen errores, jamás los admiten como tales, aunque se trate de una práctica repetitiva. El pobre ciudadano tiene que preocuparse de enmendarlos ante funcionarios altaneros y mal instruidos que nunca se imaginan que pueden equivocarse. Es el ciudadano —o mejor dicho: el súbdito— el que con infinita paciencia tiene que correr con todos los costes de la corrección. La burocracia estatal no indemniza a los perjudicados por el daño causado y menos por la pérdida de tiempo. Pese a disposiciones legales existentes, las actuaciones de los funcionarios públicos no pueden ser sometidas ni al control de sus superiores jerárquicos ni a un juicio contencioso-administrativo. Es improbable ganar un juicio al Estado si uno actúa estrictamente dentro de los términos legales, pero muy fácil si el monto del litigio es elevado y si los jueces son convencidos mediante argumentos financieros. Algo semejante sucede si en una repartición pública alguien protesta enérgica-

(39) GUNTER HOLZMANN, *Más allá de los mares. Memorias de un superviviente del siglo XX*, Icaria, Barcelona, 2000, pág. 298. (Holzmann, quien pasó la mayor parte de su vida en Bolivia, fue un inteligente observador de esta realidad).

mente dentro del marco legal reclamando por la vulneración de sus derechos; esto es algo que no soportan los funcionarios, pero se dejan convencer rápidamente si hay dinero de por medio. Lo curioso reside en el hecho de que la sociedad boliviana quiere modernizarse de modo acelerado, pero ningún sector social importante exige la simplificación (o anulación) de los engorrosos trámites y una administración pública que reconozca y enmiende sus errores. Esta inferioridad innata del ciudadano frente a la organización, por más pequeña que ésta sea, tiene su fundamento y su justificación en la dignidad ontológica inferior del individuo con respecto a la colectividad.

Otro baluarte del conservadurismo puede ser detectado en el seno de los estamentos intelectual y universitario. Independientemente de su línea doctrinaria la gente de la palabra y el pensamiento se inclina por una retórica convencional, donde casi nunca faltan elementos nacionalistas, o mejor dicho, argumentos que imputan los males de la nación a fuerzas foráneas. Dejando de lado notables excepciones, el estilo literario sigue siendo celebratorio, ampuloso, patriotero y también impreciso y gelatinoso. Este estilo, que procede de la España premoderna, no deja vislumbrar destellos de un enfoque crítico. Los intelectuales progresistas, por su parte, reiteran lugares comunes de la convención nacionalista-socialista. Ellos nunca perdieron una palabra sobre el autoritarismo reinante en el medio sindical y campesino o en el ámbito universitario y más bien promovieron la expansión de un marxismo antiemancipatorio, antihumanista y anticrítico como la ideología predominante y hasta obligatoria durante largas décadas en el ambiente académico del país. Justamente en el terreno universitario uno puede ser partidario de las corrientes más revolucionarias y practicar al mismo tiempo los hábitos más convencionales. Según *Alison Spedding* entre los universitarios leer libros es visto como un castigo. Al mismo tiempo consideran que el estudio adecuado no es la comprensión y asimilación más o menos autónomas de un texto o una tesis, sino la «satisfacción del docente». Es decir: los alumnos creen que la estrategia más exitosa es adivinar qué es lo que el profesor presuntamente quiere oír. Aquí reaparecen usanzas coloniales intactas bajo ropaje marxista. Al escribir usan automáticamente un estilo diferente del oral, alambicado y rebuscado, donde el sentido concreto de lo enunciado tiende a esfumarse (40). Las universidades son instituciones que prolongan la instrucción secundaria y donde predominan la mentalidad de la escuela convencional, la enseñanza memorística y a menudo el aprendizaje de trucos y mañas. La universalidad del pensamiento y la apropiación de un espíritu crítico no preocupan a la mayoría de los universitarios, quienes adquieren destrezas

(40) ALISON SPEDDING, «Investigadores en apuros», en *T'Inkazos*, vol. 2, núm. 3, La Paz, abril de 1999, págs. 147, 149.

técnicas y no prácticas de investigación *científica*. Los intelectuales, por su lado, imitan con extraordinaria facilidad modas externas; tienen genuino terror de aparecer como anticuados en sus lecturas o ideas. Cuanto más novedoso el autor europeo o la moda norteamericana en ciencias sociales, tanto más autoridad irradiará en universidades y cenáculos bolivianos, con prescindencia del contenido específico y sin preocuparse gran cosa si la nueva doctrina tiene valor heurístico para investigar algo en Bolivia. Los marxistas criollos han abrazado tendencias y teoremas postmodernistas con auténtica avidez, creando unas mixturas de difícil digestión.

ENTRE DOS CULTURAS

Los intelectuales y los dirigentes de izquierda han mostrado su carácter conservador-convencional al menospreciar la democracia moderna y al propugnar la restauración de modelos arcaicos de convivencia humana bajo el manto de una opción revolucionaria. Refiriéndose a la *Central Obrera Boliviana (COB)*, Jorge Lazarte sostiene que la democracia propugnada por ésta que no estuvo orientada por el «derecho al disenso», sino por la «obligación al consenso» (41). Esta noción de democracia y su praxis no han estado, empero, limitadas a los tiempos gloriosos de la COB (1952-1985) ni exclusivamente al ámbito sindical, puesto que configuran modos de organización política existentes hasta hoy en algunos sectores campesinos del Occidente boliviano. Proviene de una tradición precolombina y no se les puede negar una cierta originalidad. La izquierda boliviana ha celebrado largamente esta concepción de democracia y sus prácticas y las ha estimado como una alternativa válida frente a la democracia representativa y pluralista de procedencia europea. Este modelo organizativo exhibe, sin embargo, unos vestigios muy serios de la tradición autoritaria: convenciones y rutinas que pertenecen indudablemente al acervo más prístino de la nación, pero que han demostrado ser obstáculos para la convivencia razonable en una sociedad pluralista y altamente diferenciada. La tan alabada democracia directa del movimiento sindical y de las comunidades campesinas tuvo y tiene una forma asambleística, donde existe plena libertad de palabra, pero que finalmente resulta ser, como afirma Lazarte, «un ejercicio deliberativo entre y para “iguales”». En la asamblea sólo participaban los que se parecen y formaban parte de una misma colectividad. Es la democracia para los que son homogéneos socialmente. Pero, además, fue el escenario para los iguales “ideológicamente”, es de-

(41) Cf. el interesante e instructivo artículo de JORGE LAZARTE, «Los mitos del sindicalismo boliviano», en *Historias*, vol. 2000, núm. 4, La Paz, pág. 244.

cir para los que pensaban igual o, mejor, tenían una idéntica representación de las cosas, y, por tanto, manejaban los mismos códigos. La asamblea “expulsaba” de sí todo lo que le era extraño, declarándolo “enemigo”» (42). Lazarte señaló que este asambleísmo solía convertirse en un torneo verbal en torno a quién era más radical e intolerante; en este modelo los activistas (aunque representasen grupos muy reducidos) podían obtener fácilmente el control sobre las asambleas e instaurar la dictadura de los más alborotadores (43). Es sintomático que este tipo de democracia, reputado en ambientes izquierdistas e indianistas como alternativa genuinamente popular y participativa, termina habitualmente en manos de una élite muy pequeña y privilegiada, negando todo derecho a las minorías y a los disidentes y favoreciendo el consenso compulsivo.

Mediante el análisis de una amplia encuesta de opinión pública (realizada en 1999), Jorge Lazarte brinda pistas decisivas para comprender por qué comportamientos modernos y democráticos no se han consolidado en Bolivia pese a todas las reformas modernizantes a partir de 1985. Por un lado se puede constatar empíricamente que una mayoría notable de la población boliviana (71 por 100) prefiere la democracia a cualquier otra forma de gobierno y estaría dispuesta a defenderla si estuviera amenazada (85 por 100), y ésto pese a que sólo el 48 por 100 de los encuestados está satisfecho con los resultados tangibles de la misma (44). Como asevera Lazarte, se ha desarrollado en las últimas décadas una nueva sensibilidad, bastante moderna, que es «la aversión al riesgo» (que conllevan por ejemplo las propuestas y programáticas de tinte radical); de ahí se derivan la predisposición al diálogo y el rechazo a la violencia política [ésta última es favorecida sólo por el 5 por 100 de la población (45)]. Pero por otro lado persisten valores de orientación y comportamientos colectivos de vieja data que obstaculizan la praxis efectiva de la democracia moderna, como la poca importancia atribuida por la población al cumplimiento de las leyes vigentes (los cuerpos legales siguen siendo percibidos como mera formalidad), acompañada por la opinión generalizada de que la justicia es algo reservado para pocos privilegiados (46). Más preocupante aún es el hecho que algunos derechos humanos fundamentales aparezcan

(42) *Ibid.*, pág. 245.

(43) LAZARTE, *ibid.*, págs. 245 y ss. Como señala LAZARTE, las asambleas universitarias constituyen probablemente «los ejemplos más extremos de una lógica que en nombre de una democracia termina en acciones francamente antidemocráticas» (*ibid.*, pág. 246).

(44) JORGE LAZARTE R., *Entre dos mundos. La cultura política y democrática en Bolivia*, Plural, La Paz, 2000, pág. 32 y ss., 46 y ss. Estas cifras del apoyo general a la democracia coinciden casi exactamente con las de la encuesta de MITCHELL A. SELIGSON, *op. cit.*, nota 36, pág. 55.

(45) LAZARTE, *Entre...*, *ibid.*, págs. 48, 64.

(46) *Ibid.*, págs. 50-52.

cuestionados en su ejercicio, sobre todo el derecho a la libre expresión, que una buena parte de la población no está dispuesta a conceder a los otros, a los disidentes; la tolerancia en cuanto normativa tiene una apreciación muy baja por el grueso de la población (5 por 100 de la muestra). En conexión con este punto se halla la visión positiva del bloqueo de carreteras (vulneración de derechos de terceros) y la inclinación a no acatar una decisión de autoridad competente si ésta resultara contraria a los intereses de los encuestados. Como dice Lazarte, una buena porción de la sociedad confunde autoridad con poder y este último con arbitrariedad, lo que tiene ciertamente una razón de ser histórica, pero lo grave es que esto no ha sido modificado por el proceso de modernización. Los bolivianos están cada vez más conscientes de sus derechos, pero no así de sus deberes, lo que conduce a trivializar fácilmente la vulneración de derechos de terceros (47). Como asevera Lazarte, la evidencia empírica muestra la coexistencia de nuevas orientaciones democráticas junto con viejas normativas autoritarias: las mismas personas que apoyan la democracia persisten en practicar valores autoritarios, y viven así «entre dos mundos» (48). Se trata de un fenómeno muy generalizado en todo el mundo, pero en Bolivia la brecha entre ambos sistemas de valores puede consolidarse de tal modo que la implantación de la democracia moderna quede básicamente en el papel. Las normativas autoritarias provenientes de la Bolivia profunda son las que entorpecen el surgimiento de una sociedad más abierta, tolerante y pluralista. Queda el consuelo de que también estos fenómenos son históricos y pasajeros...

Para finalizar se puede decir que la mentalidad descrita hasta aquí —con todos sus elementos que van de lo trágico a lo grotesco— es algo muy extendido en América Latina. En Venezuela, por ejemplo, se supone que la crisis de fines del siglo xx y comienzos del XXI tiene que ver con un «amiguismo amoral criollo», que se manifestaría en lo siguiente: «Nadie colabora en tareas colectivas a menos que perciba las ventajas materiales y de prestigio que en forma inmediata le pueden reportar.» «Se sospecha de fraude cualquier actuación que diga que se hace por el bien común.» «El sistema de lealtades es particularista y personalista y no fundado en solidaridad colectiva» (49). Los altos funcionarios públicos no sienten ninguna identificación ética, profesional o tradicional con la institución en la cual trabajan. Sólo

(47) LAZARTE, *ibid.*, pág. 67, 71 y ss. La tendencia es coincidente con la encuesta de Seligson, sobre todo en lo que se refiere al bajo nivel de tolerancia que denotan los bolivianos. Cf. MITCHELL A. SELIGSON, *op. cit.*, nota 36, pág. 19.

(48) LAZARTE, *ibid.*, págs. 110, 115. El nivel de tolerancia es no sólo muy bajo en términos absolutos, sino también en relativos, es decir dentro del contexto latinoamericano. Cf. MITCHELL A. SELIGSON, *La cultura...*, *op. cit.*, nota 36, págs. 18, 76, 81.

(49) ENRIQUE NEIRA FERNÁNDEZ, «Venezuela: fenomenología de una crisis», en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, núm. 16, Mérida, julio/diciembre de 1999, pág. 73.

perciben y se interesan por las ventajas materiales y políticas del cargo. Esto, a su vez, lleva a que todas las relaciones que tienen que ver con la administración pública adquieran el carácter de lo clientelístico. Así no surge un liderazgo moderno, eficiente, objetivo, institucionalizado, despersonalizado, y se acrecientan más bien los viejos vicios: la dejadez, el desdén por todo sentido de responsabilidad social, y la «cobardía cívica, que se disimula como tolerancia y se expresa como pretendida abstención respetuosa de ejercer la crítica» (50). A esto no hay mucho que añadir.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

En un punto las premoniciones de Manuel Rigoberto Paredes, Alcides Arguedas, Carlos Romero y otros autores de la llamada «generación de la amargura» han resultado verídicas en la descripción de la clase política boliviana. La fauna que ha gobernado este atribulado país durante las últimas décadas exhibe todos los rasgos negativos que le atribuyeron estos autores, y hasta puede decirse que la realidad ha superado toda fantasía literaria. Este estado de cosas no parece ser promisorio para el futuro de la nación. Pero el auge y la preeminencia de las élites políticas se asientan, por lo menos hasta ahora, en ciertas características muy difundidas de la población que tampoco coadyuvan a superar la pesada herencia del autoritarismo: la tendencia a preservar convenciones y rutinas irracionales, la credulidad en programas mesiánico-milenaristas, la simpatía por jefaturas carismáticas, la baja productividad laboral y la escasa capacidad de acumulación cognoscitiva. La picardía de los políticos sería impensable sin la ingenuidad de las masas. Hay que señalar, sin embargo, que todos los decursos históricos son altamente complejos y llenos de imprevistos y sorpresas, por lo que cualquier conjetura sobre la mentalidad de la sociedad boliviana en el porvenir está sujeta al riesgo de la equivocación. El periodo de transición acelerada que experimenta la nación conlleva también la paulatina destrucción de las normativas tradicionales, y es imposible detectar de antemano cuáles serán los valores centrales de una nueva identidad colectiva en el futuro.

Lamentablemente el tipo peculiar de modernización practicado en Bolivia desde aquella fecha sigue siendo más o menos congruente con el modo consuetudinario de hacer política y con el carácter inalterado de la élite go-

(50) *Ibid.*, pág. 74. Sobre algunos aspectos similares del liderazgo carismático y populista en América Latina cf. ALFREDO RAMOS JIMÉNEZ, «El liderazgo del "Nuevo comienzo"». Notas sobre el fenómeno Chávez», en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, núm. 18, julio/diciembre de 2000, págs. 13-31.

bernante. Uno de los fundamentos de la mentalidad conservadora-conventional es paradójicamente una visión acrítica de la modernidad: la convicción de que ésta no es una creación específica de un grupo de naciones —para la que fueron imprescindibles la ciencia y el racionalismo, cosas que se dieron en pocas regiones del mundo—, sino un fenómeno general, casi natural, al cual accederán, más temprano o más tarde, todos los pueblos del mundo. Esta cualidad de universalidad atribuida al proceso de modernización tiende a sobrevalorar sus aspectos positivos (entre otras razones porque serían históricamente obligatorios) y a pasar por alto sus lados negativos. Ya que la modernización es considerada como algo fácticamente inexorable, la consciencia intelectual boliviana ha evitado todo cuestionamiento serio y profundo de ese objetivo tan anhelado. En la praxis lo que ha resultado de todo esto puede ser descrito como una modernización imitativa de segunda clase que es vista como si fuese de primera. La consecuencia inevitable es una *tecnofilia* en el ámbito económico-organizativo: los bolivianos no han desarrollado la ciencia contemporánea ni generado los grandes inventos técnicos, y precisamente por ello tienen una opinión ingenua y casi mágica de todo lo relacionado con la tecnología. Casi todos los sectores sociales desdennan la esfera del pensamiento crítico-científico con el mismo entusiasmo con que utilizan las técnicas importadas, sin reflexionar sobre las consecuencias a largo plazo de tal comportamiento.

El resguardar la tradición socio-política del autoritarismo, junto con sus orientaciones paternalistas y sus normativas conservadoras, tiene entonces la función de proteger una identidad colectiva en peligro de desaparecer (barrida por los cánones universalistas propagados por los medios contemporáneos de comunicación) y mantener un puente entre el acervo cultural primigenio —aunque sean convenciones y rutinas poco favorables a la democracia (51)— y los avances de una modernización considerada como ineludible.

(51) Cf. la brillante y exhaustiva obra de MARTIN LAUGA, *Demokratiethorie in Lateinamerika. Die Debatte in den Sozialwissenschaften* (La teoría de la democracia en América Latina. El debate en las ciencias sociales), Leske + Budrich, Opladen, 2000.